

## LIBROS

### Para pensar el reto de la técnica

Frecuentemente he tronado —sonríen, por favor— desde estas mismas páginas contra la paralizadora y represiva noción académica de filosofía que impera hoy en España. Recientemente se me ha reprochado esta postura como incongruente con la lucha por ser aceptado de nuevo en el estamento docente del que fui expulsado o con mi pretensión de que se me apruebe una tesis doctoral (con la que, por cierto, estoy teniendo incidentes tan peculiares que no voy a resistir mucho tiempo sin contárselos). Aunque ya he reiterado esta puntualización mil veces, aclaro de nuevo que en modo alguno propugno desertar del espacio académico para entregarlo «sine ira et studio» a sus actuales detentadores, abandonando uno de los campos en que la palabra libre puede y quiere ejercitarse jubilosamente. Nada sería más cómodo para los videntes mandarines. Se trata de probar que sólo a partir del concepto napoleónico de Universidad se concibe ésta como dócil voz en loor de su amo, pero que no faltan en la Academia las posibilidades críticas y liberales que utilizar para defender el pensamiento de los formalismos burocráticos que lo acogotan. No sé —y lo dudo— si estas voces tendrán un futuro esperanzador. Pero sostengo con toda energía que se puede ser filósofo «de carrera» sin hacer un acto de acción

de gracias cada mañana a la bendita mano que me alimenta ni confundir el designio de la razón crítica con el interesado respeto a las restricciones legisladas que me mantienen en el puesto docente que tantas alegrías económicas me proporciona. No es la mejor dotación de las bibliotecas ni la facilidad para obtener fotocopias lo que garantiza la radicalidad del pensamiento, como finge creer la tecnocracia, ni es imprescindible traer una dogmática formal de repuesto en el macuto para superar la ideología establecida. La crítica a lo académico pretende tener aspectos más complejos y, mientras no nos aburríamos de incordiar, no hay cátedras vitalicias en el mundo que nos hagan ceder el campo.

Algunas respetadas figuras del escalafón han contribuido esencialmente a la constitución de una imagen crítica y liberal de la Academia. Así ocurrió en su momento con Aranguren o Valverde; así ocurre hoy con Carlos Paris. El experimento que Paris acometió en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma es uno de los esfuerzos más significativos por liberar a la filosofía universitaria de su marasmo y recuperar algunas de sus dimensiones perdidas. Allí convivieron analíticos y dialécticos, teóricos de la ciencia y nietzscheanos (por mal nombre...). Funcionó con rigor la lógica formal, la sociología y hubo seminarios sobre Hegel y Nietzsche —este último, publicado (1)—, de un nivel crítico que poco tiene que ver con lo que habitualmente se vende en las Fábricas de Espíritu. El descuartizamiento final del Departamento por la represión mostró, sin lugar a dudas, hasta qué punto

(1) «En favor de Nietzsche», varios autores. Taurus Ed.

aquello era algo distinto a lo que habitualmente se hace, incluso bajo marchamo «progre», por esas aulas del Señor. Elegido presidente de la Sociedad Española de Filosofía, Carlos Paris ha continuado al frente de ella su decidida labor de (auténtica) apertura y remozamiento de los planteamientos caducos, apartando aquellos «pensadores» sin más fondo que el peso específico de sus cargos burocráticos. La figura de Carlos Paris es una de las desdichadamente escasas imágenes de una liberalización militante que se dan hoy en el más alto nivel del estamento docente español.

La importancia de esta tarea de posibilitador y acicate de la eclosión de nuevas actitudes filosóficas en el país posterga a un poco los frutos de la propia creación intelectual de Paris. Se reedita ahora una de sus obras más interesantes (2), enriquecida con un prólogo y un nuevo capítulo. En «Mundo técnico y existencia auténtica», aborda Paris uno de los temas que más importancia han ido adquiriendo en su pensamiento, el de la técnica, al cual ha dedicado diversos estudios desde muy varios

(2) «Mundo técnico y existencia auténtica», C. Paris. Selecta, «Revista de Occidente».

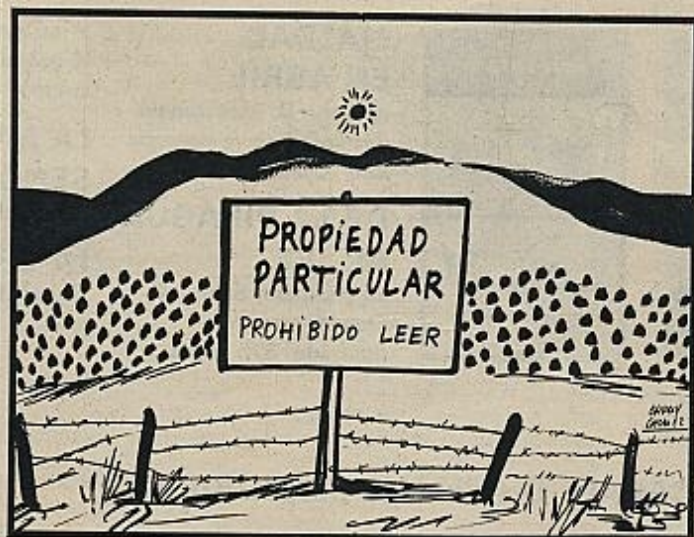
enfoques. Es, sin duda, la obra que aquí reseñamos la que expone de manera más completa y satisfactoria su punto de vista filosófico sobre este asunto. La proliferación de la técnica en la era industrial, lo espectacular de sus logros y lo ominoso de algunas de sus perspectivas, constituyen un auténtico reto para numerosos pensadores del siglo XX: Spengler, Heidegger, Russell, Lewis Mumford, la escuela de Frankfurt... Ayer fue la bomba atómica y su amenaza de destrucción total la que alarmó a Russell, Jaspers y Linus Pauling o Einstein; hoy es la contaminación de los recursos naturales lo que parece destinarlos a un final menos wagneriano que la hecatombe nuclear, pero más dantescos, chapaleando en el muladar de nuestros indestructibles desperdicios. En cada ocasión, una reacción antitécnica se desencadena, que en el caso de la contaminación va desde una «vuelta a la Naturaleza» más o menos «hippy», que acaba por descubrir que la Naturaleza tiene el defecto de no existir, hasta los teóricos del «crecimiento cero», tipo Sico Mansholt. Pero el pensador, más allá de las banalidades maniqueas tipo «a favor o en contra», se ve obli-

gado a plantearse radicalmente el problema de la técnica en su relación más íntima con la condición humana. ¿Cada logro técnico es un paso más que nos aleja del Jardín o la única posibilidad de recuperar conscientemente la bienaventuranza? ¿Termina el homo faber por negar lo más específico del sapiens o, por el contrario, lo realiza cumplidamente? Estas preguntas se resumen en el planteamiento del tema de la técnica en la perspectiva de una antropología filosófica, que es lo que Paris pretende en este ensayo. En primer lugar, trasciende el carácter chatamente instrumental que tiene el término técnico, ampliándolo, por un lado, a una serie de ejercicios que no implican más instrumento que el propio cuerpo —técnicas deportivas, amorosas...— y, por otro, subrayando ese carácter «lujoso» que Ortega ya apuntó certeramente. La definición de técnica alcanza finalmente esta latitud: es «el sistema de acciones mediante el cual el viviente animal actúa sobre el medio, respondiendo a sus necesidades». La antropología debe fundarse, pues, en la etología: en el hombre culminan una serie de respuestas ante la hostilidad del entorno,

que ganan infinitamente en sutileza y complejidad, pero que no se desvinculan radicalmente de las de los animales inferiores. Paris naturaliza así la técnica: el conflicto entre biología y cultura se desvanece al mostrar que la cultura es la prolongación de la biología por otros medios... Tiene en esta doctrina un ilustre precedente, que no cita: Schopenhauer, cuya relectura tanto ayudó a Horkheimer a profundizar en estos temas. Así se evita un total extrañamiento de la técnica humana respecto a los condicionamientos naturales y se fundamenta una postura de limitado respeto hacia ella. En último término, sin caer en exageraciones beatas, Paris es fiel al viejo ideal progresista: la técnica es también —o puede llegar a ser en ciertos casos— posibilidad de una enriquecida autenticidad, capacidad de entrega vital, de solidaridad, de aventura. Como en el vuelo nocturno de Saint-Exupéry, del que no se regresa, nos confirma en la inexorable tragedia de existir, brindándonos, juntamente, nuevos paisajes, nuevos afectos y nuevos heroísmos. ■ FERNANDO SAVATER.

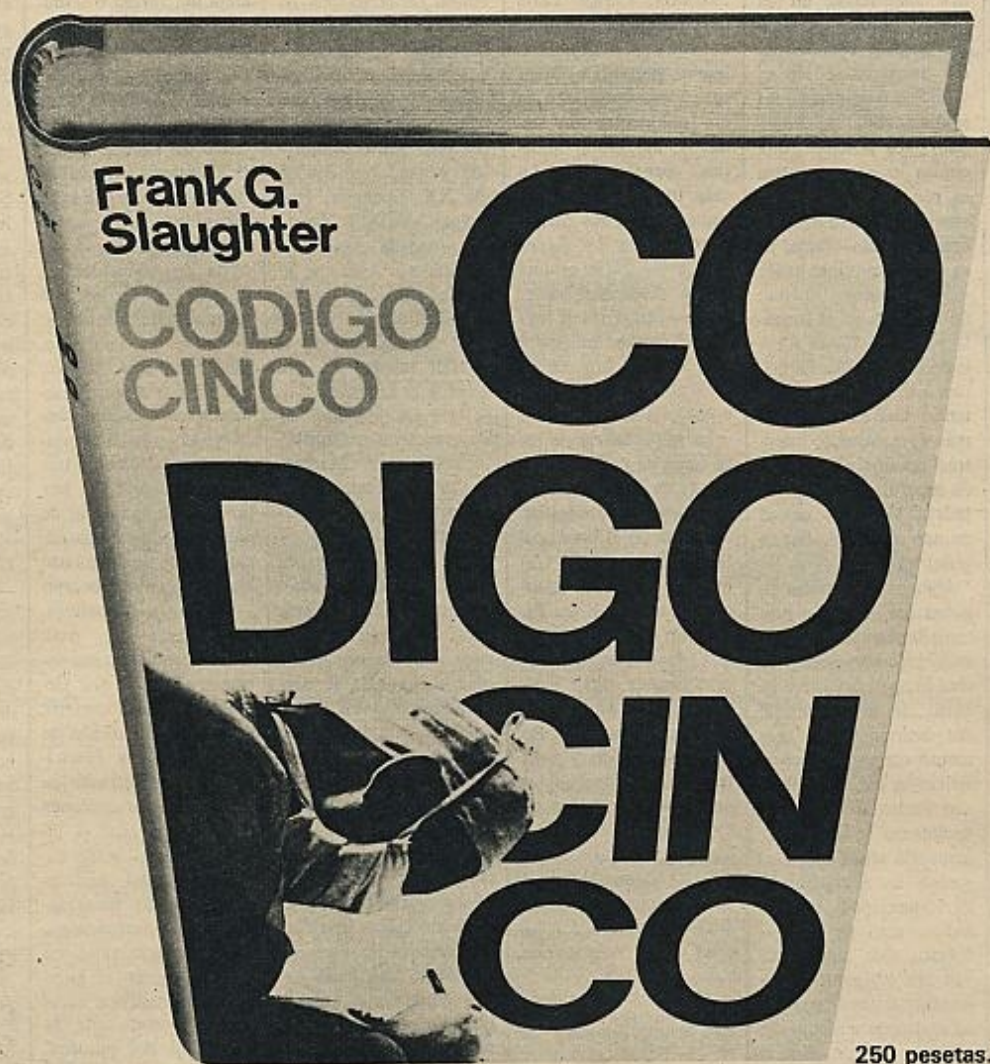
### Clases sociales en España

A pesar de la importancia que para el estudio de la sociedad tienen las clases sociales, todavía estamos lejos de que los sociólogos partan de un consenso respecto a lo que es esta categoría de análisis. Tres son los principales criterios, a través de los cuales se puede llegar a calificar, primero, un grupo humano en clase, y después, a través de este instrumento, analizar el contenido de ese grupo, y con él, del resto de la estructura social: el objetivo, subjetivo y ecléctico. Por el primero, la clase social viene formada de acuerdo con la posición que



# ES NECESARIO LEER...

La última gran novela  
de Frank G. Slaughter



250 pesetas.



## MALDAD EN ABRIL

de John D. MacDonald  
*Bestsellers de la violencia*  
225 pesetas.

## DE LA PIRAGUA AL JET

de Hermann Schreiber  
*Cultura histórica*  
Ilustrado. 375 pesetas.

Y las novelas de Georges Simenon,  
el genial autor policíaco  
creador de "Maigret"

## LA MUERTE DEL SEÑOR GALLET

60 pesetas.

## LA EPILEPSIA

70 pesetas.

Son libros CARALT Distribuidos por NORILDIS

Solicite estas obras a su librero habitual o pida información, sin compromiso,  
por medio de este cupón.

Nombre \_\_\_\_\_  
Apellidos \_\_\_\_\_  
Profesión \_\_\_\_\_  
Calle \_\_\_\_\_  
Ciudad \_\_\_\_\_  
Provincia \_\_\_\_\_  
Recorte este cupón y envíelo  
en un sobre a NORILDIS  
Paseo de Gracia, 99,  
Barcelona-8  
MAC

ocupan los individuos en la sociedad, y, más concretamente, en el proceso productivo. De acuerdo con este criterio, se forma parte de una clase social al margen de la opinión que a este respecto tengan todos aquellos que participan de un mismo tipo de relaciones. El segundo criterio da primacía a la conciencia de pertenencia a uno u otro grupo que manifieste cada uno de los miembros de la sociedad global, y que podrán ser clasificados, según su adscripción, en unos cuantos grupos creados «a priori». El tercer punto de vista, como su nombre indica, toma de los dos criterios antes citados y hace entrar nuevos puntos de vista en la clasificación.

El retraso de la sociología en España es patente, sobre todo si lo miramos desde el ángulo de una producción auténticamente científica del análisis de la realidad social española. No ha habido, por un lado, el clima suficiente para crear un nivel adecuado para el análisis social, y por otro lado, se ha llegado a considerar subversiva todo tipo de interrogación que se cuestionara algo tan elemental e inocuo como la estructura y dinámica de nuestra sociedad.

Los estudios que se han hecho sobre las clases sociales españolas han estado a un nivel local o pionero —Muriello y Cazorla— o han participado del segundo criterio subjetivo, con una óptica y una instrumental expresión mimética de la sociología norteamericana, más dispuesta a negar que otra cosa, en aras de una ficción movilidad social, la expresión objetiva de una realidad social emanante de las relaciones de producción. Tal ha sido el caso de los informes FOESSA, aunque sean innegables el mérito y utilidad de éstos.

Faltaba un análisis que fuera, por un lado, profundo y empírico, y por otro, objetivo, de algo tan importante como las clases sociales en un país que, aunque de furgón de cola, se ha colocado en el tren de los países industriales.

El estudio de *Ignacio Fernández de Castro y Antonio Goytre* (1), responde a la intención de suplir esta carencia, y constituye, junto con los estudios ofrecidos por Carlos Moya sobre la burguesía española, los análisis más inteligentes que sobre este estratégico aspecto de la realidad española se han realizado.

Partiendo de una definición un tanto imprecisa de clase social en la precipitada versión de los autores de Poulantzas —toda clase social es un conjunto de relaciones sociales; pero no sucede al revés, por lo que no se puede identificar clase social y relación—, pero que resulta eficaz y operativa en el tratamiento del tema, los autores logran analizar el contexto social español, con una óptica dialéctica, a la vez estática y dinámica, superando el defecto en que suelen incurrir los estudios dedicados a la estructura social de darles un enfoque exclusivamente sincrónico que los aparta de su dimensión real.

Dentro de la dignidad científica que marca la técnica de estos estudios, es interesante, además de necesario —por olvidado que haya estado en otros autores—, la consideración de la incidencia en España, país sometido a un intenso metabolismo social, de dos modos de producción: el capitalista y el precapitalista, como también el de analizar la estructura social en conjuntos dominados, dominantes y funcionales. De este modo, los autores consiguen encajar en último y productivo maridaje el hoy y todo el importante legado del ayer. Se puede lamentar, junto con la precipitación en la utilización de algunas categorías sociológicas, el que no se consideren suficientemente las funciones y efectos del actual proceso de urbanización o el de la venta de fuerza de trabajo en el mercado internacional. ■

**JUAN MAESTRE ALFONSO.**

(1) «Clases sociales en España en el umbral de los años 70». Editorial Siglo XXI.



François Jacob.

## Una historia atomista de la biología

Hace algunos años, y a juzgar por la frecuencia con que sus libros se veían ufanamente transportados por brazos universitarios, Jean Rostand era un autor leído. No sé si fueron muchos los que, de entre ese público académico, escucharon su exhortación al estudio de la historia de las ciencias. Al fin y al cabo, la historia de las ciencias no es disciplina que goza, en nuestro país, de un cultivo establecido; tanto en el campo del saber institucional, como dentro del panorama editorial, su presencia siempre es excepción. Y a esa excepcionalidad hubieron de acogerse las páginas que Rostand dedicara a la historia de la biología, para permanecer, por tiempo, como la vía más transitada por quienes buscaban un primer acceso al tema. Pero he aquí que esa monotonía se ve hoy rota con la aparición del libro que François Jacob ha dedicado a narrar la historia de la herencia biológica (1); y he aquí, también, que mi recur-

so retórico a Rostand para hablar de Jacob no lo sugiere únicamente la escasez patria en materia bibliográfica. En efecto, los familiares con la visión histórica del primero no dejarán de reconocerla aludida en el programa introductorio del segundo: cuando leemos que Jacob se opone a una manera de enfocar la historia de la biología según la cual las ideas habrían de estar dotadas de una cierta vida propia, ¿cómo no recordar la descripción en clave biológica que dio Rostand del estudio de la historia de las ciencias, caracterizándolo como el relato de «la lenta y laboriosa embriogénesis de la verdad»!

Los caminos parciales de esa embriogénesis, «las rutas que conducen a la verdad», estarían aparentemente bajo el dominio de la peregrinación: dispuesto según el modo de la vuelta y el rodeo, de la circunvolución, «el acrecentamiento de nuestro saber raramente se efectúa según un orden racional y lógico». Y, sin embargo, pese al cariz más o menos incoherente que ello imprime al desarrollo del progreso científico, «éste no cesa de ser continuo». El compromiso continuista es la implicación más

clara de la tesis de Rostand. Pero la discontinuidad es un demonio difícil de conjurar, al menos sobre el papel. Parece como si el discurso histórico, a la hora de plasmar una pretendida continuidad, no pudiera ahorrarse el reiterado recurso a lo discontinuo. Y es así como Rostand se ve forzado, en última instancia y para cubrir su propio expediente continuista, a la introducción de la discontinuidad en su forma más brutal por lo grosera; porque es, por ejemplo, el «azar» de la preferencia individual «intuitiva» quien distribuye a los naturalistas, desde Redi hasta Pasteur, en favor o en contra de la generación espontánea. Con la particularidad de que, rebajando las rupturas al terreno de las biografías personales, queda a salvo la homogeneidad de un plano —pretendidamente superior— en el que las ideas nacen, engendran y mueren.

En la historia de la biología que Rostand ha escrito, la forma de historiar parece contagiada del tema que se da como objeto, hasta el punto de presentarse como una biología histórica de las ideas biológicas. Frente a esa historia concebida como un suceder de las ideas según el modo hereditario, hecha por extrapolación teleológica del presente sobre el pasado, contaminada de lo que otros han llamado el «virus del precursor», Jacob reivindica otra manera de concebir la historia de la biología, cuyo primer cometido sería el de subsanar la inconsecuencia fundamental que puede imputarse a la primera. A saber: la historia que trata a las ideas como seres vivos se compromete a la explicación causal de su evolución, sin cumplir de hecho con tal obligación. Eso es lo que sucede justamente con nuestros ejemplos de antes: los avatares de la idea de generación espontánea, en la versión de Rostand, sugieren preguntas para las que esa ver-

sión no dispone de respuesta; porque, «según esa manera de ver... no se comprende entonces por qué es necesario esperar a que Pasteur repita, aun mejorándolos, los experimentos de Spallanzani, para llegar a las mismas conclusiones. Ni por qué Needham hace exactamente lo mismo que Spallanzani, obtiene resultados inversos y llega a conclusiones opuestas». Otro tanto en lo que respecta a la teoría de la evolución: «Se puede ver en Lamarck al precursor de Darwin; en Buffon, al de Lamarck; en Benoit de Maillet, al de Buffon, y así sucesivamente. Pero nos preguntamos entonces por qué a principios del siglo XIX, los mismos que, como Goethe, Erasmo, Darwin o Geoffroy Saint-Hilaire, están a la búsqueda de argumentos en favor del transformismo, ignoran casi totalmente las ideas de Lamarck».

La historia continuista, supeditando el instante al decurso, porque concibiéndolo como estado de un proceso, no reconoce otra entidad a las ideas que la que les proporciona su despliegue temporal; por el contrario, esas ideas cuya entidad persigue la biología histórica de Rostand a través del tiempo, no son, para Jacob, nada si se las considera separadas de la determinación «espacial» que les confiere su integración en el seno de una teoría. Con lo que la relación entre ideas y teorías deja de ser «vital» y pasa a ser «posicional». Una idea no es suficiente para definir la teoría que le confiere derecho de cientificidad. A su vez, una doctrina no está contenida, como «en germen», en sus ideas centrales; por el contrario, es la formación teórica la que permite identificar las ideas que la componen, darles una entidad en virtud de la situación que en ella ocupan y la función que allí cumplen. De aquí resulta, en particular, una vacua contra la «precuritis» que afecta a las versiones conti-